

¿DIOS por

6.ª SEMANA DE LOS INTELLECTUALES
CATÓLICOS FRANCESES

los bajíos..., entre balizas?

Impulso u ocaso de la
Iglesia, *Cardenal Suhard*

Alberto Alv.-Torres, S. I.

...y se hizo la luz

Weltanschauung

En la héjira del neón y en el París babilónico de Sartre-Camus, de Dior, del Palacio de Chaillot, de Picasso-Matisse... el 8 de noviembre '53 entraron en el Palais de la Mutualité unos hombres y una preocupación. El 14, terminadas las sesiones, salieron esos mismos hombres y una idea. Eran los intelectuales católicos de Francia. Pensaron y hablaron de Dios y delante de Dios, y aquella preocupación se les hizo idéa luminosa – Moisés conferenció con Dios y bajó del Sinaí con el rostro iluminado –. La preocupación era: que Dios, «el sentido de Dios», ha salido del hombre... ¿irá Dios a la deriva? Si se le hallase... Pero, ¿es que se le ha buscado?...

Sinceramente, no tiene nada de fácil – y más abajo lo veremos – buscar a Dios por ese mundo en bajíos tras la explosión cósmica de angustia vital que ha volado el psiquismo del hombre moderno.

Porque el hombre, al romper su armonía interior, ha dislocado el equilibrio exterior, y la civilización planetaria se convulsiona anfibiológicamente: incredulidad y credulidad de infranófitos, terrenas y divinas esperanzas, ostracismo de Dios y repuje cartujano, vandalismos huelguistas y místicas claustrales, cañones rojos del Kremlin y cruz blanca del Vaticano... que M. J. Guitton formulaba en la segunda sesión: «Hemos llegado a este momento patético (...) Estamos todavía en este período prolongadamente transitorio en que una civilización, por sus desviaciones de la idea de Dios y de su justicia, ha enajenado a muchos espíritus.»*

Ateísmo y antropodulia

Esta es la panorámica del mundo en '53, ampliación nada más de la que presentó en '48 el Cardenal de París, Msr. Suhard, y reducción – también nada más – de la que se espera captar en '58... '63..., según la visión del hoy Cardenal de París, Msr. Feltrin. Sobre esta panorámica han operado los intelectuales católicos de Francia, preguntando por las causas prolongadoras de esos radios campales y respondiendo que son el ateísmo militante – como ideología – y la an-

tropodulia – como culto. Estudiemos con ellos estos dos puntos.

Alumbramiento del Ateísmo

Creemos que toda bifurcación de caminos es angustiosa, porque siempre hay en ella una pequeña Esfinge y no todos nos llamamos Edipo: siempre tiene su enigma el perturbar los polvos muertos sobre el camino y el grijear en sus chinarras, con la enigmática angustia del qué nos ocurrirá al final de ese

camino. Tal fué la angustia que presintió el Racionalismo sin calcularla en su pluridimensionalidad, cuando de él partieron diametrales aquellas dos sendas que, con las ventosas de sus ideas deificadoras, se adhirieron a la epidermis del planeta, le rodearon y se hicieron antipodas: Idealismo y Pragmatismo. Este Pragmatismo, cuando remontó los siete círculos de los intelectuales, se llamó Cienticismo y Positivismo y cuando bajó, más como actitud vital que como ideología, a los valles donde se agitan de por vida las masas obreras, se dijo Marxismo.

Positivismo, Cienticismo y Marxismo más que dar a luz — pues ninguno de ellos lo hizo por indignidad intrínseca al sistema —, abortaron el Ateísmo.

Se patenta una diástasa

Según Daniel-Rops**, el Cienticismo ha sido la diástasa más vigorosa para la fermentación del Ateísmo en las masas. En la ciencia encuentran los intelectuales la explicación de todo, la liquidación del misterio, la liberación de la moralidad, la divinización del

hombre, el arte de vivir, amar y morir. Estas ideas, entusiastas y halagüeñas para el obrero aherrojado en el trabajo de novilunio a novilunio, dosificadas facultativamente y elaboradas en elemental, banal y palpable..., se han hecho «como la explicación suprema, la razón última de creer en la vida, de trabajar y de sufrir: los marxistas han apelado maravillosamente a este sentimiento que ha suscitado en su campo lo más legítimo de sus realizaciones». Así el Cienticismo se hizo Positivismo en el proletario y éste concluyó su silogismo: luego sólo lo sensorialmente perceptible, tangible y verificable, es real. La fe, que tiene por real lo invisible, es científicamente inadmisibles, Dios no existe. Y el hombre ya se hizo ateo...

Ausencia y angustia

Si «no sólo la religión no es un enemigo patógeno, si no que, todo lo contrario, constituye un sistema psíquico de salud», como resumía el P. Bruno de Jesús María las ponencias del cuarto día citando a C. G. Jung, la falta de religión ha de producir un

En su pastoral de Cuaresma, 1948, sobre el sentido de Dios, trataba una vez más el Arzobispo de París, Card. Suhard, de la ausencia de Dios, el desplazamiento del «sentido de Dios» por el «sentido del hombre». Este problema, en su plano teórico, viene presentado desde dos ángulos diversos.

Para los partidarios de la «trascendencia y separación», «este mundo terrenal no sólo no debe ser querido por sí mismo, si no que no hay que intentar mejorarlo o transformarlo. Porque está irremediablemente corrompido. Es un mundo malo. Un sistema cerrado. Entregado a la dialéctica de la técnica y de la historia, no admite «conversión». El mundo y la gracia son dos planos diferentes que exigen un divorcio y no una reconciliación. El deber de los creyentes no es actuar sobre los sucesos ni sobre las estructuras, si no ser, hasta el escándalo, los testigos de la trascendencia y del Eterno». — Los partidarios de la «inmanencia y encarnación» objetan a «este sobrenaturalismo de oposición la gran realidad de la Encarnación... El esfuerzo del discípulo ¿no debe ser, por tanto, un esfuerzo en el mundo, para completar la Redención de su jefe?».

A ambas soluciones opuestas, el Card. Suhard recuerda que la solución previa en el terreno ideológico ha de buscarse en la Teología. «A los que se revuelven justamente contra un naturalismo que reduce a Dios a nuestra talla humana y se niegan, por lo mismo, a verlo en el mundo, quisiéramos mostrarles que el Sér infinito está presente en sus criaturas y espera de nosotros nuestra labor de consagrarle el universo.

A los que correrían, por el contrario, en el ardor de su empeño temporal, el riesgo de perder de vista la trascendencia absoluta de Dios, les recordaremos que Aquel que se ha hecho uno de nosotros, sigue siendo al mismo tiempo el Único, el Separado.

La teología de Dios es la que permitirá conciliar estas dos actitudes unilaterales — al mostrarlas complementarias —, ella es la que permitirá salvar el sentido del hombre por el retorno al sentido de Dios».

psicopatismo. Esa ateización aboca el desgarrón de una totalidad psíquica con una angustia neurótica por efecto, debida al absentismo de un ser psicológicamente distante. Así el psicópata ateo amenaza reducir el planeta a unos gramos de polvo atómico en la «grande peur de l'an 2000», que diría Gilson, y, lo que es más grave, produce en el hombre toda una conflagración interior en pro de su unificación psíquica.

Porque sobre el abismo flanqueado por el abandono de Dios y la destrucción del hombre, se cierne la correlación ineludible que presagiaba el profeta tenebroso, Nietzsche. El único tratamiento del ateo neuróticamente enfermo es la reconquista positiva del «otro» ser, opinaban de consuno M. Baudouin, psicanalista, y el Dr. Eck, neurólogo, y concluía el P. Bernaert, S. J. Las palpitaciones convulsivas del ateo, a su pesar, reclaman al Gran Ausente en su «Ersatz» de lo divino.

El nuevo panteón

Angustia que marca el rumbo a una idolatría, la tecnocracia: la técnica es el ídolo más próspero, con el sacerdocio de Taylor o Stakhnov..., con el evangelio de los planes quinquenales en profusión de gracias tangibles que se llaman frigoríficas, televisión...; el colectivismo, nuevo Moloch al que hay que sacrificar el individuo en pro de la sociedad: el estatismo, el racismo que pre-

nizó Hitler y en África del Sur trata ahora de canonizar el Dr. Malan. No hay Dios..., pero hay una selva tropical de totems y tabús, un nuevo panteón. en el que aún hay sitio para los penates de un nuevo posible Eneas... Es la «panteofanía» vista por Daniel-Rops.

La antropodulia

En este paradójico panteón, como en el ateniense del año 52 en que Pablo de Tarso, cruzando el ágora, subió al Areópago, faltaba una deidad: el hombre. «El culto al hombre — denunciaba el P. J. Danielou, S. J., en el acto de clausura — es la gran idolatría de nuestro tiempo». Y el Cardenal de París señalaba este antropocentrismo idolátrico como el segundo obstáculo — el primero es el ateísmo — en el camino hacia el «sentido de Dios»: «En este aspecto, Dios cede su puesto al hombre, que se iza como valor supremo. Todo el humanismo ateo está estructurado sobre este dogma del hombre (...), centro de todo — *el hombre medida de todo*, que formulaban los antiguos filósofos».

Así clausuró el Cardenal Feltin y así respondió a la pregunta porqué se ha perdido en el mundo el sentido de Dios y con él resumiremos: desconocimiento de Dios — como efecto de la ateización — y endiosamiento del hombre — como «Ersatz» vital de lo divino.

Dios peligraba por estos bajíos...



El Gran Viviente

Providencialmente en esta antropodulia encuentran los intelectuales franceses las únicas esperanzas del culto latréutico al Dios del cielo. Porque ese narcisismo idolátrico es prueba de que «de hecho, este mundo que ha querido matar a Dios, padece la obsesión de Dios», ha dicho Daniel-Rops. El brujuleo filosófico nortea hacia Dios, desde el «príncipe de los ateos» que era un «ebrio de Dios», Spinoza, cruzando por el existen-

cialismo de Sartre para quien «ser hombre es forcejear por ser Dios; o si se prefiere, el hombre es fundamentalmente un deseo de deificación». Por razones metafísicas del Ser trascendente se suicidaron Essenine y Maïakovski, poetas del Comunismo, el cual, como el Marxismo, padece la obsesión de Dios. Y el ateísmo tiene en sus haberes la misma idea fija: porque para afrentar al Otro es preciso que se crea en Su existencia. Luego todavía vive el Gran Viviente.

«Les quatre grands prophètes»

Así vive el Gran Viviente en la literatura ideológica. Porque en la otra – en la literatura por el arte, por el teatro, novela... vive más opulentamente. Del teatro ya decía M. J. J. Bernard que «jamás los ateos se han ocupado tanto de Dios; nunca, los católicos se han ocupado tanto de los ateos». Recuerdese el «Dialogue des Carmélites», de Bernanos, y «Sur la terre comme au ciel», de Hochwalder.

Una luminosa pléyade de escritores ha bautizado para el s. XX la literatura acristiana del XIX. M. Albert Beguin habló de los «cuatro grandes profetas»: Bloy, testigo del Espíritu Santo y hombre de Pentecostés; Péguy, testigo del Nacimiento y mensajero de la esperanza; Claudel, avanzado de la edad de los Apóstoles, heraldo de la fe; Bernanos, testigo de la agonía de Cristo y portador de la caridad..., radios católicos sobre el área misional de Francia, con centro en la comunión de los santos y comprensión de la humanidad, de rumbos escatológicos, de maravilloso metabolismo espiritual porque su fe es rica en glóbulos rojos. ¿Y Mauriac?, objetó M. Pons, a lo que respondió M. Beguin que «es un testigo de la burguesía jansenista, pero un testigo dolorido y, así, trae el agua a mi molino».

El que las producciones fílmicas de más éxito hayan sido temáticamente religiosas, prueban la avitaminosis de lo divino que los hombres padecen en sus células espirituales. Así se explican las resonancias de un «Jour-

nal d'un curé de campagne», «Dieu a besoin des hommes», etc.

Th. Merton y McCarthy

Ese «Ersatz» de Dios es aún más detectable en los fenómenos medularmente religiosos. Aun en los bajos fondos de las masas proletarias – señal de paganismo más que de ateísmo – hierve una fermentación de mitos, magia, divinaciones..., en que la astrología ha sustituido a la teología y el fakir al sacerdote. El sacerdote obrero, P. Loew, O. P., docker en Marseille, probaba el abandono de Dios en esas masas, pero no podía negar su necesidad de lo divino. Lo mismo, a mayor voltaje espiritual, formulaba Daniel-Rops con moderna y escalofriante paradoja: floración primaveral de la vida contemplativa en el centro del productivismo de los Estados Unidos. Más que en ninguna parte se da allí toda una repoblación forestal de la Cartuja, y Thomas Merton ha resultado un testigo tan cotizabile como McCarthy.

Con su célebre *Essor ou déclin de l'Eglise*^{**} logró el Cardenal Suhard inyectar intravenosamente en los católicos franceses la energía y valor para la reconquista de la Francia espiritualmente depauperada y declarada país de Misión. Con métodos discutibles unos y reprobados ya otros, han forcejado apostólicamente para que la calidad sustituyese a la cantidad de un catolicismo drogado de formulismos desvirtuados ya de aquel vitalismo santificador que hizo de Francia la «hija predilecta de la Iglesia Católica».

El Dios que peligraba por los bajos del mundo... tenía un trazado de balizas.

III

Operación «Dios»

El Cardenal Feltin tuvo por buenas las tácticas que cada ponente estudió para la rectificación de los estrabismos religiosos relacionados con su especialidad.

Las rebasó todas el Cardenal y se internó hasta el principio filosófico de que los efectos

viven mientras estén emplacentados con sus causas generatrices. Y concluyó: primero, la vida interior de unión con Dios: «... la Iglesia nos da la clave, al mismo tiempo que la consigna, para esta unión con el Dios vivo: creer, esperar, amar». Y como indispensable, la oración preparada en penitencia y mortificación, en una palabra primacía de

los valores espirituales: «... dedicarse más y más a la contemplación, a la acción de gracias, a la alabanza y a todo lo que facilita y condiciona esta vida serena del alma de cara al Señor: mortificación, ascesis, los Sacramentos de Cristo que nutren el alma».

M. Mauriac precedió al Cardenal en el acto de clausura y aclaró, transcribiendo a Pascal, que el Dios del cielo, el de Abraham, Isaac y Jacob, es «un Dios de amor y consolación, Dios que llena el alma y el cuerpo de los que le poseen, que les hace sentir interiormente su miseria y su misericordia infinita, que se une hondamente en el alma y la llena de humildad, alegría, confianza y amor, y les incapacita para otro fin que no sea Él mismo».

Operación «testigo»

Enseñar, predicar... a Dios, es la segunda táctica del Cardenal. Primero a los pobres, «... preferentemente los desheredados, los humildes y los pobres, sin duda alguna deben ser ahora el objeto de una solicitud acrecentada». Palabras cuyo perímetro trazaba, quizá reduciéndolo, M. Mauriac a «toda la clase obrera, como en las persecuciones nazis el prójimo era toda la raza judía». En segundo lugar, los intelectuales, porque «en vuestros medios hay necesidad de católicos que vivan de Dios, católicos intelectuales. Vuestros escritos, vuestros trabajos científicos, vuestra enseñanza en Colegios y Universidades (...), si Dios es el alma de vuestra alma, la vida de vuestra vida, no podrán menos de hacer obra católica que actualice presencialmente a Dios en el mundo del pensamiento». Así trabajados en Cristo, como M. Mauriac acaba de decir, «descarguemo-

nos de nuestro ligero equipaje de ideas fosilizadas y de sistemas trazados, abrámonos al amor del que somos testigos en el mundo. Esencialmente eso es ser intelectual católico».

Son las tácticas. Como muy bien notaba F. Yzuriaga en *Alcalá*, son un volverse a la operación apostólica que, inspirada por el Espíritu Santo e impuesta en la tienda de órdenes repentizada sobre el Olivete el día de la Ascensión, pandeó con sus ataques los imperios de la tierra: primero vivir a Dios, — porque «para devolver el sentido de Dios es necesario a toda costa vivir de Dios» — y, después, contagiar esa vida a los hombres — «hay que insistir en el carácter misterioso de este contagio, que escapa a toda demostración y que no admite descripción alguna», Cardenal Felín.

Sin ilusiones y con ellas

«Nuestra generación no verá el restablecimiento pronto del «sentido de Dios» en el mundo. Probablemente no veréis el resultado de vuestros esfuerzos. Pero os encontraréis en la vida de Dios, operando en vosotros la audacia de la empresa, la valentía del compromiso, la fuerza de testimoniar en pro de la verdad, de la justicia y de la caridad.

Otros verán y podrán lo que vosotros no podréis hacer, lo que no podréis ver...: serán los que prendieron su fervor al contacto del vuestro, los que reconocieron en la translucidez de vuestra alma, la imagen eterna de Dios.»

La preocupación se había hecho idea luminosa. Dios derivaba por los bajos del mundo, pero entre balizas... vivientes. El Gran Viviente aún vive entre los hombres.

* Para verificación de citas preferimos remitir a *La Documentation Catholique* n.º 1163 (1953), col. 1615-1645, en lugar de remitir individualmente a *La Croix, témoignage Chrétien*, etc. que reseñaban las ponencias al día.

** *Alcalá* publicó el discurso de Daniel-Rops en su n.º 49 (1954). — Sin duda por un explicable descuido en la corrección, se deslizó la traducción «essor»=tesoro. Lo notamos porque la frase del Cardenal Suhard (que encabeza este artículo) que fué «slogan» para las Misiones de Francia y París, pudiera perturbar a quienes no conozcan su contexto. — Acertado en su comentario, creemos que F. Yzuriaga ha recargado un tanto de sangre y pólvora la interpretación, del «testigo». Parece que si todo «mártir» es «testigo» de Dios, no todo testigo de Dios debe ser mártir. Creemos que, en la mente de Daniel-Rops, testimoniar equivale a ejemplarizar.